

Gente Menuda

PERIODICO INFANTIL

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

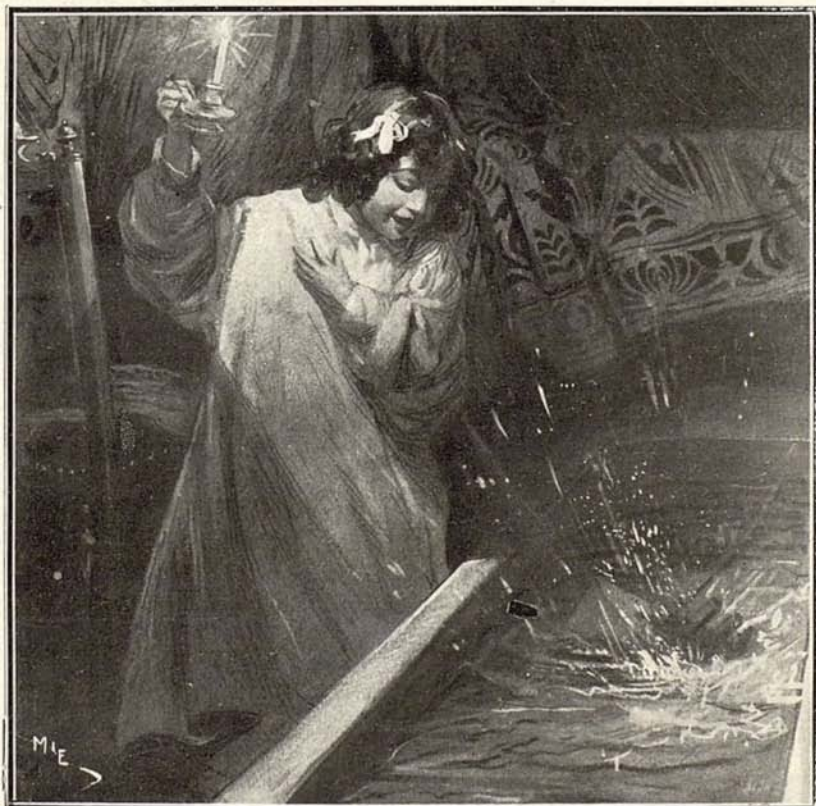


NÚMERO SUELTO, 10 CÉNTS.

AÑO III.

MADRID, 5 DE ABRIL DE 1908

NÚMERO 14



LA NIÑA DESOBEDIENTE

Marisol es una niña preciosa y muy inteligente; pero de un carácter insufrible. Es terca y caprichosa. Con cualquiera de estos defectos bastaría para ser antipática, y con los dos resulta insuportable. Sus padres la reprenden constantemente. Unas veces con dulces reflexiones, otras con promesas, y cuando se les agota la paciencia, castigándola. Todo resulta inútil.

Un día volvió de paseo un poco enfadada, porque quería comprar castañas en un puesto de la calle, y no la dejaron. Afortunadamente llamó su padre para decirle que su padrino había enviado una caja para ella.

—¿Qué gusto, papá! ¿Qué tiene la caja? ¿Es grande? ¿Será bonita? ¿Dónde está? ¡Abíela en seguida! Quiero verla ahora mismo.

—Cálmate, pequeña, y escucha. Tu padrino me dice que la caja no se abra hasta mañana, que cumplirás, Dios mediante, ocho años, y que si desde ese día eres buena, cuando venga á Madrid te traerá muchas cosas, pero que si sabe que sigues siendo caprichosa y desobediente, querrá á otra niña, y á ti no te volverá á regalar nada.

Marisol escuchó á su padre con mucha atención, y después de reflexionar, como una persona mayor:

—Pues seré buena, muy buena, un ángel, pero... tú podías abrir la caja ahora, porque el padrino no lo sabe.

—¡Nenita! Acabas de prometerme ser un ángel, y en el mismo instante quieres faltar á tu promesa. Tú ya sabes que los ángeles no desobedecen ni mienten.

—¡Es verdad!—suspiró la niña tristemente.

Marisol abrazó á su padre y se fué resignada. Como estaba muy nerviosilla tardó mucho en dormirse; pero al fin la rindió el sueño.

Serían las dos de la madrugada, cuando Marisol se despertó, se sentó en la cama, y con la ligereza del que realiza un plan muy meditado, se bajó, escuchó un momento y convencida de que todo el mundo dormía, cogió la lamparilla que ardía sobre una mesa con mucho cuidado para no despertar á Ramona, la encargada de cuidarla. Se dirigió al despacho de su padre. En el momento de entrar sintió un poco de miedo; pero pronto desechó todo temor, y colocando la lamparilla á su lado, se sentó en el suelo. El corazón palpitaba violentamente dentro de su pecho. La curiosidad la impulsaba á realizar su proyecto, y su ángel de la guarda la aconsejaba que se volviese á la cama y esperase al día siguiente para ver su regalo; pero desgraciadamente triunfó la pícara curiosidad, y se decidió á abrir la caja.

Con ayuda de sus diminutos dientes consiguió romper el bramante y hacer saltar el lacre, después miró á un lado y á otro para cerciorarse de que nadie la veía, y levantó la tapa. ¡Qué sorpresa! Entre papeles de seda apareció un magnífico acorazado, que con letras doradas tenía grabado el pomposo nombre de *Carlos V*.

Era una monada, con sus torres blindadas, sus cañones, botes salvavidas, lancha de vapor, muchos marineros, oficiales y un respetable comandante de patillas blancas.

Todas sus dependencias eran fiel copia de un barco de verdad. En la cocina trabajaban tres marineros con delantales y gorros blancos. El comedor y los camarotes estaban provistos de todo lo necesario, y la cámara del comandante parecía el salón de una casa elegante. Todos los muñecos se movían, y para que no faltase nada, estaba dotado de una magnífica música.

El pícaro diablillo quiso que la niña siguiera por el camino de la desobediencia, y la surgió la idea de verlo andar sobre el agua. Idea que á ella le pareció de perlas. Se levantó, cogió el barco sujetándolo con una mano contra su pecho, y llevando en la otra la lamparilla, se encaminó á su cuarto de tocador, donde estaba preparado el baño. Otra vez volvió á sentir remordimientos; pero triunfó de nuevo el genio del mal, y levantándose las mangas del camión, lanzó el buque al agua con tal violencia, que ésta salpicó todo el cuarto, mojándola sus piecitos desnudos, y lo que es peor, apagando la lamparilla.

Marisol quiso correr á meterse en la cama; pero no encontró la puerta, y dando vueltas tropezó con una silla y fué á caer en el baño, haciendo un ruido estrepitoso, que despertó á Ramona sobresaltada. Se levantó, y al ver que la niña no estaba en la cama, empezó á gritar. Acudieron sus padres y la encontraron sin sentido.

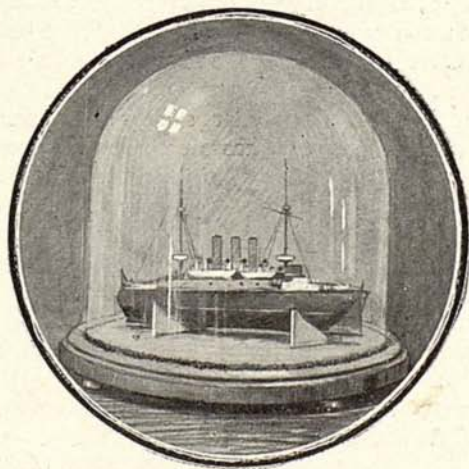
El barco necesitaba para flotar, llenar de agua un depósito y calentarle con espíritu de vino, y como la intrépida pequeña ignoraba este requisito, lo zambulló en el agua, y como era natural, se fué á pique.

Ella, al caer, se hirió en la frente con una de las chimeneas del aco-razado. Si no la hubieran levantado pronto quizá se hubiese ahogado.

La pobre Marisol celebró su cumpleaños quedándose en la cama con la carita vendada.

Su padre ha hecho colocar dentro de una urna de cristal el averiado barco, tal y como lo sacó del baño, para que la pequeña culpable tenga siempre presente su última desobediencia, y digo última porque tengo la convicción de que se ha corregido para siempre de sus caprichos.

MARÍA PERALES





ESCOGIDO DEL CACAO Á MANO

EL CHOCOLATE

Este producto debió empezarse á conocer en España allá por el año de 1528, que fué cuando Hernán Cortés regresó de la conquista de Méjico.

Según testimonio de algunos de sus compañeros, los mejicanos componían una bebida, de la que hacían mucho consumo, aun cuando por su aspecto y color no juzgaban posible en un principio que la tolerasen sin protesta los estómagos europeos. En efecto, cuentan que en el chocolate que tomaban los mejicanos entraban como factores importantes, aparte del cacao tostado y la harina de maíz, la pimienta, el clavo, la vainilla y otros ingredientes.

Se comprende que ese *polingue* no fuese del agrado de los compañeros de Hernán Cortés, quienes, sin embargo, debieron comprender que con la supresión de algunos elementos componentes de tal mezcolanza, quedaría una bebida grata al paladar, sana y alimenticia, y poco á poco fueron eliminando las especias, hasta que concluyeron por no añadir al cacao más que azúcar ó miel y vainilla ó canela. Ya de esta manera encontró el chocolate grande aceptación en todas las clases sociales de España, y, por conducto de nuestros soldados que continuamente guerrearaban en Italia y en Flandes, se extendió su uso por Europa.

Es fama que los mejicanos empleaban el cacao como moneda en sus transacciones mercantiles, y así daban cinco, diez ó cien gramos de ese fruto á cambio del objeto ó materia que deseaban adquirir. Y cuando había que retirar de la circulación esta clase de moneda, la convertían en chocolate y se lo comían, con lo cual la pérdida experimentada en su fortuna era menos sensible.

No se crea, sin embargo, que el chocolate mereció siempre el concepto en que se le tiene hoy. Lo emplearon al principio como

medicamento, atribuyéndole una porción de virtudes curativas (lo recomendaban para combatir los resfriados, pulmonías, pleuresías, cólicos biliosos y el cólera morbo), y no hace muchos años quedaban aún restos de esta preocupación en algunas regiones de España, en donde se administraba el chocolate á los enfermos que estaban en trance de muerte, habiendo oído decir el que esto escribe, en más de una ocasión: «El pobre tío Fulano está tan malito, que ya le han dado el chocolate».

También le reconocían grandes principios nutritivos, asegurando que era cosa excelente para los que se dedican á los trabajos intelectuales.

No dejó de tener detractores, aunque bien pocos en número y en importancia, que afirmaron que era un aperitivo peligroso para estómagos delicados, y propio tan sólo de los de los indios.

Por el año de 1664 hubo una polémica entre los médicos y los eclesiásticos. Estos sostenían que el chocolate no quebrantaba el ayuno, por ser un medicamento, un compuesto industrial útil y reconfortante para el estómago. Los médicos, en cambio, decían que constituye un verdadero alimento, y aseguraban que era más nutritivo que la leche, por lo cual, después de practicados minuciosos análisis, se inclinaban á reputarlo como contrario al ayuno. Por fin se resolvió el pleito, fallando que aunque no puede negarse que el chocolate alimenta, no por ello quebrantaba el ayuno, y comparaban este producto con el vino, que también sostiene y fortifica.

Con escasa diferencia se fabrica hoy el chocolate lo mismo que hace tres siglos, aparte, como es natural, el perfeccionamiento que las máquinas han alcanzado en nuestros días. Pero no hay que olvidar que en muchos sitios se prefiere aún el chocolate elaborado á brazo, por más de que la pasta que con esta fabricación se produce no sea tan fina como la que sale de las máquinas.

El chocolate sigue teniendo como base el cacao, que se tuesta y luego se machaca; mezclándolo con azúcar; la pasta que resulta se perfuma con cacao ó con vainilla, según los gustos, y se conserva en tabletas, que, partidas en menudos pedazos, se diluyen en leche ó agua calientes.

JUAN ANTÓN



Ayuntamiento de Madrid



CÓMO SE EDUCÓ PILUCA

XII



A voy á decir lo que he ofrecido. ¡Qué hermoso amaneció el día que yo cumplí seis años! Cuando me desperté, el sol me daba hasta en las narices y me hacía cosquillas.

—¡Mira cómo te quieren todos, Pilarcita—dijo la *miss* que entraba en mi cuarto;—hasta el sol te besa y te da los buenos días!

—¿Me regalarán muchas cosas, *miss*?

—No sé, no sé; ya veremos. Ahora, vístete y reza; debes pedir á la Virgen del Pilar que siga ayudándote á ser buena.

—Pero no me va á hacer caso.

—¿Por qué?

—Pues porque no me conocerá. ¡Como todos me llaman Piluca, no se va á acordar de que me llamo como ella!

—Yo se lo diré que te llamas Pilarcita.

—Entonces bueno.

Y después de rezar un rato muy grande, fuí y cogí á Baby, la puse de rodillas y la dije:

—Da muchísimas gracias á la Virgen, porque tienes una mamá que cumple hoy seis años... y que la van á regalar una porción de cosas...

La *miss*, que lo estaba oyendo, se echó á reír y sacó un paquete.

—¡Uy qué rica es mi *miss* y cuanto la quiero yo!—grité, y me puse á desenvolver el paquete. ¡Anda, qué cosas tan bonitas! Primero había una cestita para la compra, con tapas y todo, igualita que la de la cocinera, sino que chiquitita. Después una de esas cosas que no sé cómo se llaman, que tienen muchos cajoncitos para sal, pimienta, harina y otras menudencias que hacen falta para guisar. Además, muchas

cacerolitas, y cazos y pucheros, ¡qué sé yo! ¡Me puse más contenta!

—¡Cómo va á rabiár la cocinera al ver que tengo ya tantas cosas como ella para guisar!—dije.

—¿Pero es preciso para ti que alguien rabie siempre?

—Sí que me gusta mucho.

—Pues más te debe gustar que estén todos contentos; ya verás la alegría de papá y mamá cuando vayas á darles un beso... y la sorpresa.

—¡Es verdad; qué gusto! Vamos pronto.

Entré en el despacho y empecé á reirme.

—¡Hola, diablillo!—dijo papá.

—¡Aquí está la señorita de los días!—añadió mamá.—¡Este año sí que me parece que va á haber regalito!

—¿Quién á quién?—pregunté.

—¡A ver, á ver!—decía papá riéndose mucho.—¡Que nos explique Piluca esas misteriosas palabras!

Entonces saqué yo mi sorpresa. Había hecho un pañuelo á vainica para mamá, y una bufanda á crochet para papá, con una cosa que yo llamo hilo y la *miss algodón perlé*. ¡Qué de besos me dieron!

—¡Vaya un chasco, Piluca, vaya un chasco!—decía papá.—¡Yo que creía que este año ibas á rebuznar un poquito, y que casi, casi te estarían ya creciendo las orejas, resulta que sabes hacer estos primores!

—Y leer también.

—¿También leer?

—Y escribir palabras.

—¡Jesús qué sorpresa!

—Y decir *j'ai l'aime beaucoup, mon père...* y muchas cosas más.

—¡Dios mío!—decía papá.—¡Pero si ésta no es mi Piluca, si ésta es una sabia! Además, ¿están entecitas las cabezas de tus hermanos?

—No he roto ninguna—contesté muy ufana.

—Pues entonces, en vez de la campanillita que iba á ponerte al cuello, te pondré un collar y te daré ¡dos duros!

—Y yo—dijo mamá—la regalaré una camita para Baby.

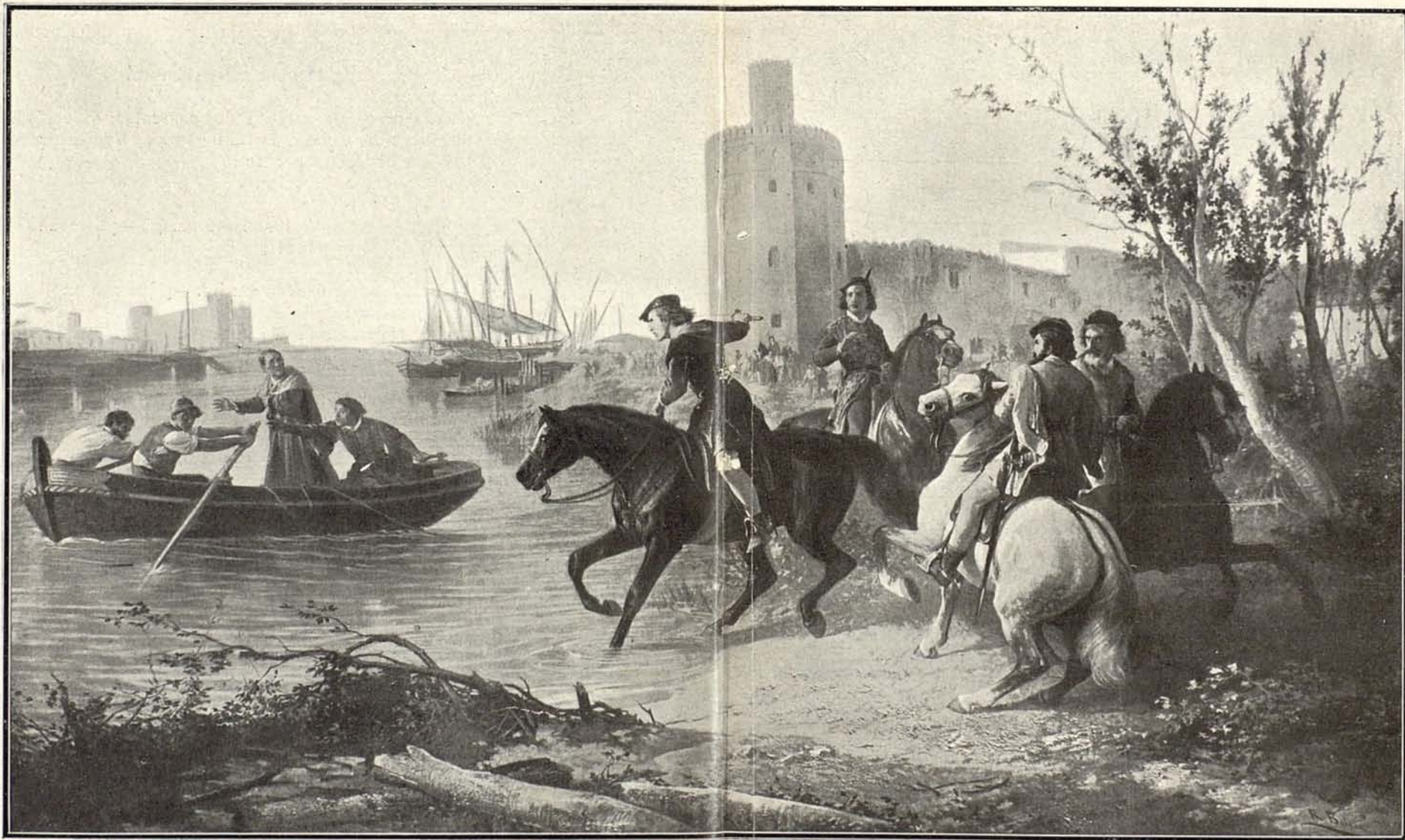
—Y nosotros—exclamaron todos mis hermanos y hermanas que entraron entonces—¡una casa de muñecas!

—¡Pero sin planchas ni almirez!—dijo... ya saben ustedes cuál de mis hermanos.

—¡Que los tengas muy felices, Piluquita, que los tengas muy felices!—dijeron todos.

MARÍA A. OSSORIO Y GALLARDO





EL REY D. PEDRO I DE CASTILLA ENTRANDO A CABALLO EN EL GUADALQUIVIR

El episodio que pintó Ricardo Balaca en el cuadro reproducido en nuestro grabado, retrata el violentísimo carácter del rey D. Pedro de Castilla. Por la muerte dada al maestre de San Bernardo y por tener fuera de sus iglesias á los obispos de Calahorra y de Lugo, el Pontífice impuso al Rey la excomunión, y envió á un arcediano á notificarle su censura. El enviado, según cuenta el P. Mariana, como quier que temiese la crueldad de don Pedro, usó con él de cautela y maña, y fué por el río en una galeota muy ligera á Sevilla, y se puso á la ribera del campo de Tablada, aguardando á que el Rey pasase. Cuando esto ocurrió, invitóle á acercarse para referirle importantes noticias; hízolo el Rey y entonces le notificó la bula del Papa y se alejó en seguida río abajo. Exasperado D. Pedro, entró á caballo en el río con la espada desnuda y siguió á la nave hasta que no pudo más el caballo, estando á punto de ahogarse.



EL IMÁN

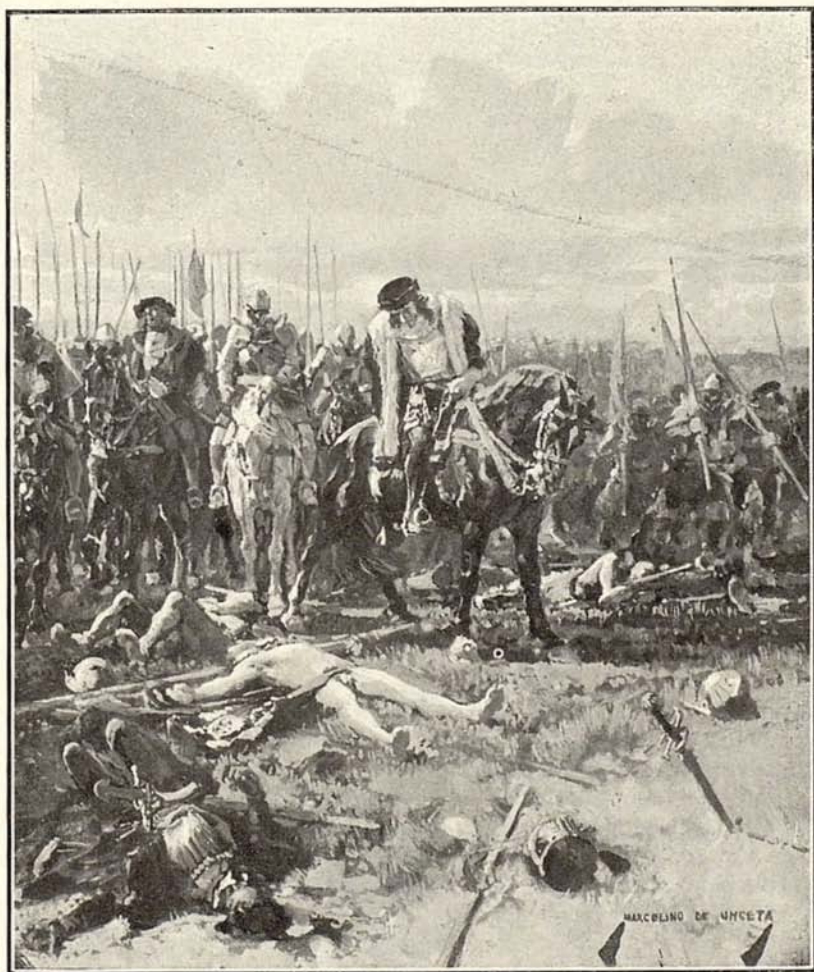
Habra una vez, en tiempos ya muy lejanos, un pastorcillo que guardaba cabras en una ciudad cerca de la Meca. Dicho pastor que se llamaba Alí, estaba un día con su rebaño por los montes, cuando notó con estupor que no podía moverse; sus pies parecían clavados en tierra, como si una mano invisible los sujetara. Alí, en fuerza de tirar de sus abarcas, consiguió arrancar los clavos que las guarnecían; pero en cuanto quiso recoger á éstos de la roca en donde estaban, no le fué posible; los clavos permanecían sujetos por la cabeza, y no había fuerza humana que los arrancase. Viendo que no daba con la explicación, decidió comunicar su descubrimiento á un sabio derviche que vivía por allí cerca.

Subió el santón á la montaña, y admiróse con el pastor de tan extraño fenómeno; pero más sabio que éste, examinó aquellas rocas para ver su composición, y vió que eran unas peñas, medio piedra y medio hierro, que se partían al menor esfuerzo, y recogiendo un trozo se lo llevó á su casa. Cortó varios pedazos de aquella piedra, y observó que se atraían unos á otros ó se huían con velocidad sobre el espejo que los había puesto. Pero mirando con atención observó dos cosas: primera, que todos marcaban invariablemente el polo Norte con un extremo y el Sur con el otro, y que cuando quería unir dos por e extremo del mismo nombre, se repelían, y que cuando unía el polo Norte de uno con el Sur de otro, se unían con fuerza.

Y de esto sacó una consecuencia grandiosa, á saber: si estas piedras ó el hierro tocado en ellas marcan los polos de la tierra, ya podremos orientarnos en medio de la noche más sombría. Y cogiendo una cajita, en la que pintó los doce vientos y los cuatro puntos cardinales, colgó una aguja de acero tocada en las piedras que cogió de la montaña, y construyó una brújula.

Por eso desde entonces los navegantes bendicen al *imán*, que les dió los medios de burlarse de las tempestades.

THÔT



LA BATALLA DE CERIÑOLA

A las famosas guerras de Italia, en las que el Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba logró tan alta fama, corresponde la batalla de Ceriñola que aseguró a España el reino de Nápoles. Caía ya la tarde cuando el duque de Nemours, que mandaba las tropas francesas, dudó si debía suspender el ataque hasta el otro día; pero por excitaciones de sus caudillos y soldados se decidió a acometer a los españoles. Unos 7 000 hombres tenían cada uno de los Ejércitos, con la desventaja para los españoles de la fatiga y la sed producidas por largas marchas; pero el talento militar de Gonzalo de Córdoba obtuvo rápida victoria. En el combate murió el duque de Nemours, cuyo cadáver fué reconocido por los anillos que llevaba. El Gran Capitán derramó lágrimas al verle, y dispuso se llevara el cuerpo á Barletta y depositarle con grandes exequias en el convento de San Francisco.



EL MONO

Apenas hubo llegado á la plaza, púsose el cingaro á tocar una enorme pandera, á cuyo bronco y desapacible son acudieron, como por obra de ensalmo, primero, los chiquillos en abigarrada y chilladora legión; luego, las mujeres llevadas de su incurable curiosidad, y, por último, los viejos, que por sus tardas piernas á todas partes llegan los postreros, si no es á la tumba. Hecho, pues, un ancho corro, el cingaro—costal de bellaquerías y almacén de andrajos,—sacando de su áspera garganta una voz tosca y aguardentosa, reclamó un poco silencio de la alborotada turba, y lo aprovechó para presentar al distinguido público un mono que estaba acurrucado junto á él. Tenía el tal mamífero la cara de un color pardo claro; sus ojos brillaban vivaces á la sombra de sus negras cejas; sus largas manos se ocupaban en la entretenida tarea de perseguir entre su ceniciento pelaje las saltarinas pulgas, y su disforme rabo, en su oscilar de péndulo, azotaba sus grisáceas zancas, velludas y torcidas.

Empezó el espectáculo. Al desacorde son de la pandera fué mostrando el mono todas sus raras habilidades. Hízose el muerto, para lo cual se tiró al suelo, quedándose rígido é inmóvil; luego reucitó á la voz de su amo; dió saltos inverosímiles; hizo grotescas cabriolas; convirtió un palo en fusil, demostrando ante los atónitos chiquillos que sabía la instrucción mejor que el más avispado veterano, y, por último, cogiendo el grasiento sombrero de su dueño, empezó á postular de

persona en persona, inclinándose con comica gravedad ante quien le echaba una tintineante moneda.

—¡Denle—decía el cingaro con voz quejumbrosa,—denle, señores y señoras, lo que sea su voluntad! ¡Miren, cristianos, que no tengo para pagar posada ni alimento!

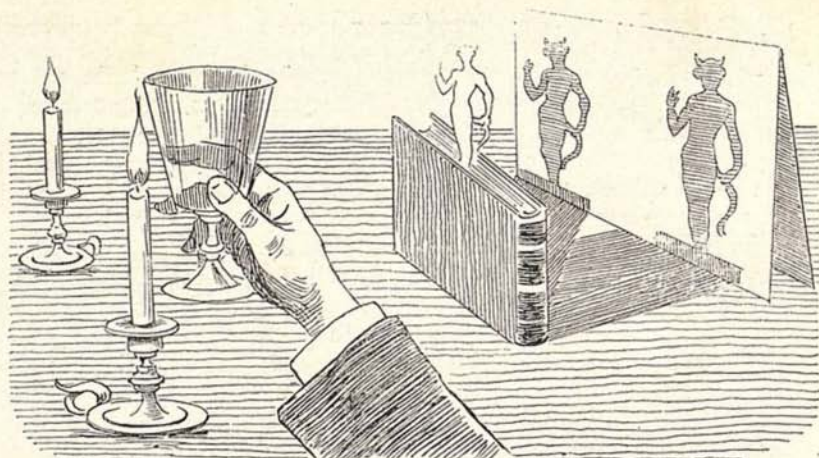
Con cuya doliente canturía huyóse la gente lugareña por miedo á que se les ablandara el corazón y tuvieran que arrancar á sus bolsillos unos míseros céntimos...

En los sombríos ojos del cingaro fulguó una llama de ira. En todas partes le acontecía lo mismo. Cogió el cuitado una raída alfombrilla que había extendido sobre los guijarros, y contó los escasos céntimos de la colecta, que no llegarían á medio real...

Si triste y melancólico estaba el cingaro, tampoco el pobre mono estaba satisfecho ni contento. Al verse en su mísero estado actual, recordaba con pena la ya muerta ventura de días lejanos, cuando, indómito y libre, vagaba por los bosques entre la tupida y verde urdimbre de los centenarios árboles africanos. ¡Qué hermosa era aquella vida...! El campo le daba todo lo necesario: alimento en los sabrosos frutos de los árboles y arbustos; morada en las frondas; espejos en las tranquilas corrientes de los arroyos, y música en el murmurar de la brisa y en el regalado pjar de los pajarillos... ¡Y pensar que todo lo dió por el ridículo gusto de comer unas doradas mazorcas de maíz que, puestas de cebo, le hicieron caer en una maldita trampa! Pecó de glotón, y aquel aborrecido bocado amargó para siempre su existencia...

José A. LUENGO





RECREACIONES CIENTÍFICAS

FIGURAS DE COLORES

Colóquese una hoja de papel de dibujo enfrente de dos bujías encendidas, y entre el papel y las luces se interpondrá una figurilla, que pueden calcar de nuestro dibujo, recortado en una tarjeta, un diablillo, un *clown*, por ejemplo, que proyectará sobre el papel dos sombras negras correspondientes á las dos bujías.



Si delante de la vela de la derecha se coloca un pedazo de cristal rojo ó, en su defecto, una copa con agua teñida de este color, veréis que la sombra correspondiente es roja también, y que la otra ha desaparecido, pero fijándose bien atentamente se nota que ha sido reemplazada por una verde pálido, que es el color complementario de la luz roja que ilumina el papel.

Si el líquido rojizo se substituye en la copa por cerveza, entonces la figura que era roja se colora de amarillo y la otra que era verde será ahora violeta, que es el complementario del amarillo de la cerveza. Si el agua de la copa está teñida ligeramente de azul, la segunda figura resultará anaranjada.

Si hacemos al revés el experimento, ó sea poniendo ante la bujía los colores verde, violeta ó naranja, la otra figura aparecerá respectivamente roja, amarilla ó azul, por la misma razón de los colores complementarios de que hemos hablado, y cuya curiosa teoría explicaremos detenidamente en uno de nuestros próximos números.

LA MADRECITA



A Luisita no le satisfacía del todo su muñeca: ni hablaba, ni lloraba, ni nada.



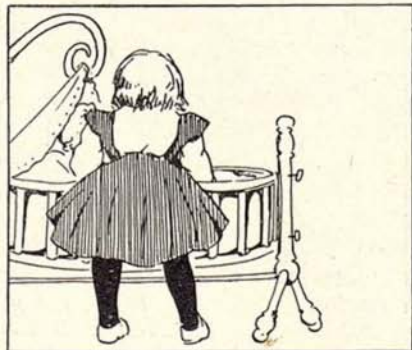
Lo que á ella la encantaría sería jugar con su hermanito si la dejaran.



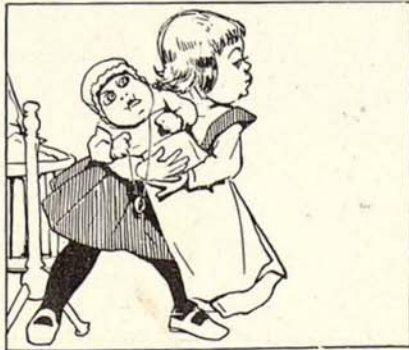
Con mucho sigilo penetró en la alcoba y se acercó á la cuna en que el niño dormía.



Quedó encantada contemplándole. Si ella se atreviera á cogerle en brazos.



¿Por qué no? Nadie la veía. Y con el mayor cuidado sacó á *bebé* de su cuna.



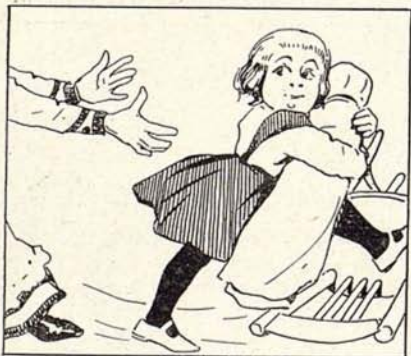
No había hecho más que cogerlo, cuando sintió pasos en el gabinete.



¡Horror! ¡La voz del ama! Quiso empujar la puerta; pero ésta cedió.



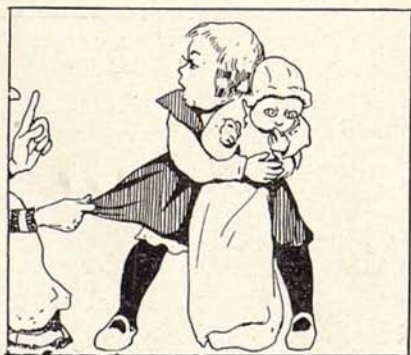
Al ver entrar al ama, Luisita salió corriendo con el niño.



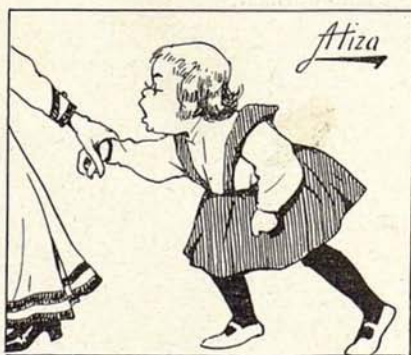
El ama, asustadísima, la seguía, temblando por la criatura.



Pero la diabólica Luisita siguió corriendo hasta que el ama la cogió la falda.



Milagrosamente se salvó el niño de una caída terrible



Pero como aquella locura merecía un castigo, fué llevada al cuarto oscuro.